



# EL ICEBERG

---

MAGDALENA  
CAMARGO LEMIESZEK



# EL ICEBERG

*Primer Lugar del Premio de Poesía León A. Soto 2019*

Magdalena Camargo Lemieszek

## LA VASTEDAD

Inhópito me llaman,  
pero el mundo entero es un incendio.  
Y no es que me lamente  
porque aquí no se haya dignado a llegar la primavera  
a abrir flores que no nacen  
porque nada hermoso ha de brotar en la inclemencia  
y en lugar de la amapola  
tengo las fauces blancas de las bestias  
tiñéndose de rojo.  
Tampoco es porque hay días  
en los que el sol está y está y no se marcha  
y luego cuando se marcha parece  
que nunca estará dispuesto a volver de nuevo.

Los hados decidieron que, en lugar de ser  
un oficinista que se enciende y se apaga  
como una bombilla eléctrica,  
durante ocho vueltas de reloj, seis jornadas por semana,  
o un carpintero que inventa a dios en la madera  
o un atleta que compite en maratones,  
yo fuese el Norte que congrega el frío  
donde el viento corre a un millón de kilómetros por hora.

Y lo admito, lo digo con vergüenza:  
Soy como las alimañas que han nacido sobre las tablas de un barco  
y aun así lo abandonan si saben que se hunde.

- *Sé, he visto cuál es el final.*

Por eso yo mismo

me rindo

y me desarmo.

## IJSBERG

Toda la gravedad del mundo cabe en una piedra.  
Ella, revolviéndose, marea veleidosa,  
grabándose al rodar  
como si el mineral tañese junto al sol  
en el borde mismo de la costa:  
*- Nadie viene a sufrir sobre la tierra.*  
Pero mi verdad es diferente,  
pues habito el piélago  
en su extensión magna e imprecisa.

Cuánto hubiese querido ser esas olas  
para poder borrar esas palabras  
y que nunca más pudiesen ser leídas.

Nadie sabrá el origen de mi nombre,  
pero al caer, conmigo se abrirá la parábola  
de lo que se sabe inalterable:  
La muerte fue y seguirá siendo un perro  
que cruza la puerta de una casa  
y ondea su cola frente al elegido.  
En las tierras fértiles, los frutos que penden de las ramas  
se maduran al danzar  
con aquella misma canción desde hace siglos.  
Los faisanes ponen huevos azules en sus nidos,  
empollándolos hasta que sus hijos rompan  
la cáscara del cielo.

El tráfico congestionado de una metrópoli asiática  
sigue aún congestionado.  
Las máquinas continúan ensamblando objetos,  
réplica idéntica tras réplica idéntica.  
Alguien persiste, va y envía cartas por correo  
escritas con una ilusión inverosímil  
sobre papel verdadero,  
sobre un escritorio de madera verdadero,  
en una habitación que es también, sin dudas, verdadera.  
Yo no alteraré en lo absoluto ese orden.  
Yo seré y no seré  
y todo seguirá girando.



Albert Bierstadt, *Icebergs*



## BITÁCORA

*«Asustado, palpo mi cuerpo y echo  
a correr temeroso de disolverme en el crepúsculo»*

Juan José Arreola

Indisociable de la altura, Él me mira: prisma  
donde el principio del todo se refracta  
y la densa escarcha se tiñe con la herrumbre de la luz.  
Y si encontrase una bestia en mi reflejo,  
y si al palparme la conciencia no me alcanza,  
¿a cuántos tocaré hasta el hundimiento?

Desdibujado ante la fulminante claridad,  
mi rastro es una pulsión entre las olas,  
desarticulándose demasiado pronto,  
como una espuma que, sin albergar al resplandor,  
se torna amarga.

Bajo la grávida lumbre, mi carne viva  
se sumerge. Presiento el torrente que me arrastra,  
hacia un duelo, hasta un enemigo,  
porque el azar no deja semejantes cosas al azar.  
Solo he de rogar que en la hora que me aguarda,  
cuando sienta que es mía la derrota,  
y solo tenga para mí una mueca la fortuna,  
pueda posar, sin temor alguno,  
mis ojos

sobre los ojos  
del Sol.

## NARWHAL

Extraño a los narvales.

La ceremonia de las manadas descendiendo,  
magma que se desliza en agua oscura,  
como si llevaran una lámpara,  
y fueran a buscar cuanto alguna vez un dios dijo  
y cayó al decirse, para encofrarse en lo profundo,  
cuando todavía no había nadie  
ni nada concreto en torno a lo terrestre.

- Dicen que el amor también es algo puro.

Y sublime era la época cuando amamantaban a sus crías  
y la leche desnuda, perla caliente en medio de las aguas,  
fluía inmune al frío.

Si tan solo pudiese cerrar los ojos y escucharlos:  
sus cantos al viajar, repicar de la sal en el espacio,  
voz que sin dolor vuelve a crecer,  
humo con delicadeza disuelto en la corriente.

En sus lomos grises, el avance cotidiano de los astros  
como si se reflejase sobre la permanencia del acero.

Imposible olvidar sus cuernos:  
arpón que atraviesa la fibra líquida del mundo  
y se temple con un calcio misterioso,  
cuya magia desiste con el tacto de los hombres  
y se esfuma para volver a la marea.

Si no hay mano que la escriba, si no existe todavía

canción sobre los narvales,  
la música tampoco  
tendría razón  
para existir.

## EL PESCADOR

Pocas cosas reúnen tanta paciencia y tenacidad  
como lo hace un pescador:  
sentado, la alforja de las horas encorva su postura,  
al margen de sus labios, la ceniza del pitillo a nada del derrumbe,  
las botas de goma donde el sol dibuja su reflejo,  
como si fuera un niño con un crayón blanco,  
y, por último, la caña, tan firmemente empuñada,  
como si fuera una parte de sí mismo.  
De ella nace un hilo muy delgado que une al pescador al agua,  
como los cordones que unen a las madres a sus hijos,  
cuando todavía los llevan en el vientre  
y estos aún no han sentido en sus labios desmembrarse  
el ardor de una partícula de nieve.

A veces me pregunto si realmente coloca algo en el anzuelo.  
Nunca he visto la cuerda de su caña tensarse  
ni lo he visto de pie, luchando a tirones con su presa.  
Quizás está pescando otra cosa.  
O quizás, como mucho de aquello que ocurre con los años,  
finalmente ha entendido  
que hay en el rito algo más grande  
que cualquier pez.



Albert Bierstadt, *The Iceberg*

## AUNQUE ES DE NOCHE

*«Aquí se está llamando a las criaturas,  
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras,  
porque es de noche».*

San Juan de la Cruz

De la fuente brota el trino del vencejo,  
lesión en el misterio que lentamente se propaga.  
El agua envuelve la lengua del ciervo, cuenco granate  
donde la médula se endulza.

Si sintiésemos ese fluir en el fondo de los cuerpos, movimiento  
de cuencas y de rostros, donde al extender los brazos  
pudiésemos tocar  
por fin todo  
cuanto en la calígene es promesa.

Lobo y cordero son lo mismo al desangrarse, brisa fatigada  
que sobre la arboleda se desmaya. De ellos nacerá  
una escalera para entender la transparencia,  
fruta de sedosos nombres, néctar que en la boca  
vuelve a revelarse.

La mujer moja su trenza en la corriente, como si pudiese  
aliviar la pena que cargan sus hermanos. Sus dedos  
humedecen la cadencia del lucero,  
adorno en el tránsito que mengua.

¿Por qué no se le otorgó canto también a las hormigas?  
Beban pues del relámpago cuando se rompe, de su resplandor  
que anega la plenitud del aire, como un ánfora  
que de sí misma se desborda.

Grandes y pequeñas criaturas se sumergen  
y el amor se torna en filo, cuchillo  
que divide entre todos  
el líquido banquete.



## LA JARDINERA

Hoy ha venido la anciana,  
cuya casa queda ahora entre los abedules de plata de Nagano  
y a quien llamo hana, la caligrafía  
que los japoneses dibujaron encima de las flores.  
Ella viene a sembrar un jardín:  
origamis de liviana savia,  
manso rigor sobre las formas.  
Y reúne el sosegado polen de las flores que recuerda,  
o que incluso han llegado solo a existir y a florecer  
en el centro de su propia mansedumbre.

Cuando las ha sembrado todas y se congrega la armonía,  
la anciana me abandona y se marcha;  
pero la verdad es que no tengo modo de contarle  
que el papel washi no resiste demasiado.  
A lo sumo dos días si la ventisca se contiene.  
Y entonces, el violento embate las arranca todas:  
flores de albaricoque crisantemos anémonas y lotos.  
La ventisca es una fauce deformando la tersura,  
y le es por completo indiferente  
que aquella anciana haya dejado atrás su casa  
después de Fukushima, que se llevó  
solo lo justo y necesario  
y que tuvo que abandonar el jardín,  
aquel jardín que había sido suyo  
y únicamente suyo desde niña.

Le importa nada que sus manos, que alguna vez  
fueron pequeñas libélulas de esmalte,  
estén ya deformadas por los años.  
Y que esas mismas manos, alas en la lasitud plegadas,  
tan últimamente temblorosas,  
tomen con solemnidad el papel washi,  
mientras tararea una canción sobre aquel cerezo perezoso  
que floreció un día más tarde que los otros,  
y el suceso - sencilla y simplemente irrefutable -  
de que durante el perdurar  
de las siguientes horas  
ella también  
es una flor.

## LA FIESTA DE LOS BUITRES

*«Lo importante, dicen, solo está unido a nosotros.  
Solo a nuestra vida, solo a nuestra muerte,  
la muerte que se regocija de su forzada primacía».*  
Wisława Szymborska

Sobre la escarcha ha venido a morir una gaviota.  
En su mirada acuosa se reflejan todavía los puertos,  
los peñascos grises como una foto,  
la arena salpicada de bañistas,  
el grito hermano de otra gaviota.  
Pronto el albur se cuarteará en sus ojos  
y sus patas apretarán el aire,  
aferrándose a alguna boya en lo impreciso.  
Tenso guijarro ante la brisa, la gaviota muerta  
parecerá fundirse en la extensión de la blancura.

Pero los buitres saben cuándo un pálpito se calla,  
aunque su repicar se hallase en un paraje muy lejano.  
Ellos son capaces de perseguir ese silencio.

Y llegan, uno tras otro, siempre llegan.  
Y alas negras, como si el orbe sofocase sus estrellas,  
agitan el frenesí y el hambre.  
Pelearán por la sustancia ahora yerma, tirarán  
de los tendones y en ellos atisbarán el vértigo en la orilla,  
reñirán por el óxido matiz sobre las plumas

y el corazón que dio vida a lo más libre  
se dividirá en partes, en raciones,  
y ellos se embriagarán de esa libertad  
y hubiesen reído con el gusto de esa libertad  
si la risa les hubiese estado permitida.

Pero, incluso en medio de esta fiesta, sus rostros son severos,  
presos de una ceremonia que en su medida los supera:

*Todo se transforma,  
aun  
encima  
de la nieve.*



William Bradford, *Abandoned in the Arctic Ice Fields*

## ONDA

La luna es ahora un tótem abatido,  
tumbada en el margen  
de aquello que transcurre.

El sabor del fruto del serbal al madurarse  
es un ardor punzante encima de mi lengua,  
pero nunca he visto  
cómo luce un árbol de serbal.

Reconozco en la cigarra el horadar de una sinfonía,  
persistente arado en la quietud  
del disolverse.

En el firmamento, balizas que confluyen y que chocan,  
y el verbo, atávica florescencia que revienta:  
una onda que con delgadez se expande  
y al abrirse

sufre

y

se

disgrega.

## BRUMA

Mi rostro es la bruma  
en este barco sin latitud ni longitud  
que navega sobre mares inmóviles  
donde el oleaje y su espuma son la caligrafía gris  
de un mapa inconcluso.

¿Cuál de todos los horizontes estaré mirando?

¿Cuál es el ojo que hacia mí apunta?

¿Aguarda acaso para mí alguna costa?

El temporal será un albatros que revolvió sus alas  
con dolor hasta perderlas. La niebla se irá a dormir  
dentro de las caracolas que descansan de la marea  
en la oscilación del hemisferio.

Las redes no volverán a cubierta,  
moldeadas por una carga misteriosa  
que hará de su tejido atroces anclas.

Los himnos de viejos marineros llegarán a mí  
con un timbre de escamas encendidas,  
ahora que el frío decide el curso de las brújulas  
ahora que la agitación es una plegaria nueva  
ahora que el sol parece dividirse  
y toda quietud inició su marcha  
hacia el Norte

y veo la tierra fragmentada  
súbita  
y toda entera  
a la deriva.





